

LA SEÑORA PARIS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONTO" 18783
MONTERREY, MEXICO

La señora Paris

I

Estaba yo sentado en el muelle del puertecito Obernon, cerca de la aldea de la Salis, para mirar Antibas al sol poniente. No había visto nunca nada tan sorprendente y hermoso.

El pueblecito, encerrado en sus toscas murallas de guerra, construidas por el señor de Vauban, se internaba en plenas aguas, en medio del inmenso golfo de Niza. La inmensa ola de alta mar iba á estrellarse á sus pies, rodeándolo de una cenefa de espuma, y, por encima de las murallas, las casas trepaban unas sobre otras hasta las dos torres, erguidas como las dos cimbras de un casco antiguo. Y estas dos torres se dibujaban en la blancura lechosa de los Alpes, en la enorme y lejana muralla de nieve que obstruía todo el horizonte.

Entre la espuma blanca, al pie de los muros y la nieve blanca cerca del cielo, la pequeña ciudad des-

lunbradora, de pie sobre el azulado fondo de las montañas, ofrecía á los rayos del sol poniente, el aspecto de una pirámide de casas de rojos tejados y fachadas blancas, tan diferentes, sin embargo, que ofrecían todos los matices.

Y por encima de los Alpes, el cielo era á su vez, de un azul casi blanco, como si la nieve lo hubiese teñido; algunas nubes plateadas flotaban junto á las pálidas cimas, y, del otro lado del golfo, Niza instalada á orillas del mar, se extendía como una lista blanca entre el mar y la montaña. Dos grandes velas latinas, empujadas por fuerte brisa, parecían correr sobre las olas. Yo contemplaba todo esto maravillado.

Era aquel espectáculo, uno de esos espectáculos tan dulces, tan raros y deliciosos, cuya contemplación se conserva en el alma como inolvidable recuerdo de dicha. Se vive, se piensa, se sufre, se siente y se ama con la mirada. El que sabe sentir con los ojos, experimenta contemplando las cosas y los seres, el mismo goce agudo, refinado y profundo que el hombre de vida delicada y nervioso á quien la música le arrebatara el corazón.

—He aquí, á decir verdad—le dije yo á mi compañero el señor Martini, meridional de pura sangre—uno de los espectáculos más raros que he admirado en mi vida. He visto el monte de San Miguel, esa joya colosal de granito, surgir de las arenas á los rayos del sol naciente.

“He visto en el Sahara el lago de Raianechergui, de cincuenta kilómetros de ancho, lucir bajo los ra-

yos de una luna resplandeciente como nuestro sol y exhalar hacia ella una nube blanca semejante á un baho de leche.

„He visto en las islas de Lipari el fantástico cráter de azufre del Volcanello, flor gigante que humea y que arde, flor amarilla colosal, brotada en pleno mar y que tiene un volcán por tallo.

„Pero no he visto nada más sorprendente que Antibas de pie sobre los Alpes á los rayos del sol poniente.

„Y no sé por qué acuden á mi mente recuerdos antiguos, versos de Homero. Esto es una aldea del viejo Oriente, es una villa de la Odisea, ¡es Troyal aunque Troya estuviese lejos del mar.„

El señor Martini sacó del bolsillo la guía Sarty y leyó: “Esta villa fué en su origen una colonia fundada por los fócios de Marsella, hacia el año 340 antes de J. C. Recibió de ellos el nombre griego de Antipolis, es decir, “contravilla.„, villa enfrente de otra, porque en efecto, está enfrente de Niza, otra colonia marsellesa.

„Después de la conquista de los galos, los romanos hicieron de Antibes un municipio cuyos habitantes gozaban del derecho de ciudadanía romana.

„Por un epigrama de Marcial, sabemos que, en su tiempo...„

—No me importa lo que ha podido ser—dije yo interrumpiéndole.—Os digo que tenemos á la vista un lugar de la Odisea. Costa de Asia ó costa de Europa, es lo cierto que se parecen y no hay otra en el

otro extremo del Mediterráneo que despierte en mí como esta, el recuerdo de los tiempos heroicos.

Ruido de pasos me hizo volver la cabeza; una mujer, una mocetona morena pasaba por el camino que sigue el mar hacia el cabo.

El señor Martini murmuró, recalcando las palabras:

—Es la señora Paris, ¿sabe?

No, yo no sabía nada, pero este nombre, este nombre del pastor troyano me confirmó en mi remembranza y dije:

—¿Quién es esa señora Paris?

El señor Martini pareció estupefacto al ver que yo no conocía aquella historia.

Afirmé que no la sabía y miraba á la mujer que se iba sin vernos, abstraída, caminando con paso lento y grave, como lo hacían sin duda las damas de la antigüedad. Debía tener unos treinta y cinco años y estaba aun hermosa, muy hermosa, aunque un poco gruesa.

Y el señor Martini me contó lo siguiente:

II

La señora Paris, de la familia Combelombe, se había casado un año antes de la guerra de 1870 con el señor Paris, empleado del gobierno. Era entonces una hermosa joven tan esbelta y tan alegre como gruesa y triste está ahora.

Había aceptado á disgusto al señor Paris, que era uno de esos hombrecillos panzudos y de piernas cortas que se mueven siempre dentro de unos calzones demasiado anchos.

Después de la guerra, Antibes fué ocupado por un solo batallón de línea mandado por D. Juan de Carmelin, oficial joven, premiado en campaña y que acababa de recibir los cuatro galones.

Como se aburría mucho en esta fortaleza, en esta topera asfixiante encerrada en su doble recinto de enormes murallas, el comandante iba á veces á pasearse por el cabo, especie de parque ó de bosque de pinos ventilado por todas las brisas.

Allí encontró á la señora Paris que iba también á respirar bajo los árboles el aire fresco de las tardes estivales. ¿Cómo se amaron? ¡Quién lo sabe! Se encontraban, se miraban, y, cuando no se veían, pensaban sin duda el uno en el otro. La imagen de la joven de negras pupilas, de cabellos negros y de tez pálida, de la hermosa y fresca meridional que enseñaba los dientes al sonreír, flotaba ante los ojos del oficial que continuaba su paseo mascando el cigarro en lugar de fumarlo; y la imagen del comandante, ceñido al cuerpo su uniforme, con pantalón rojo galoneado de oro, y rizado bigote rubio, debía pasar por la noche ante los ojos de la señora Paris, cuando su marido, mal afeitado y mal vestido, corto de piernas y panzudo, se presentaba á cenar.

A fuerza de encontrarse, se sonreían al verse y á fuerza de verse tal vez se imaginaron que se conocían. Llegó un día en que él la saludó. Ella, sorprendida, se inclinó un poco, muy poquito, lo preciso para no resultar descortés. Pero al cabo de quince días ya le devolvía el saludo de lejos, antes de encontrarle.

¡Después él la habló! ¿De qué? De las puestas de sol indudablemente. Las admiraron juntos, contemplándolas más bien en el fondo de sus ojos que en el horizonte. Y todas las noches, durante dos semanas fué este el pretexto fútil y persistente para una conversación de pocos minutos.

Luego se atrevieron á pasear juntos. Sus ojos se decían ya mil cosas íntimas, cosas de esas secretas, encantadoras cuyo reflejo se advierte en la dulzura,

en la emoción de la mirada y que hacen latir el corazón, pues escudriñan el alma mejor que un confesor.

Luego debió él estrecharla la mano y deslizar esas palabras que adivinan las mujeres fingiendo no oírlas.

Y quedó convenido entre ellos que se amaban sin que se lo hubiesen probado con acto alguno sensual.

Ella habría permanecido indefinidamente en esta etapa de la ternura, pero él quería ir más lejos y la acosó más ardientemente cada día para rendirla á su violento deseo.

Ella resistía, no quería, parecía resuelta á no ceder.

Sin embargo, una noche le dijo como por casualidad:

— Mi marido acaba de marchar á Marsella y va á permanecer allí cuatro días.

Juan de Carmelin se arrojó á sus pies, suplicándole que le abriese su puerta aquella misma noche, á eso de las once. Pero ella no le escuchó y se fué enfadada al parecer.

El comandante estuvo de mal humor toda la noche, y, al día siguiente, al amanecer, se paseaba rabioso por las murallas yendo de la banda de tambores al pelotón de torpes y fulminando castigos sobre oficiales y soldados, como quien tira piedras á una multitud.

Pero cuando volvió á casa para almorzar se encontró debajo de la servilleta, en un sobre, estas

cinco palabras: "Esta noche á las diez., Y sin más razón dió un duro de propina al mozo que le servía.

El día le pareció muy largo, pasando una gran parte de él acicalándose y perfumándose.

En el momento en que se sentaba á la mesa para cenar le entregaron otro sobre, dentro del cual halló este telegrama: "Querida mía, asuntos terminados. Llego esta noche tren de las nueve.—Paris.,"

El comandante soltó un terno tan seco que al mozo se le cayó al suelo la sopera.

¿Qué haría? El la quería aquella misma noche, costase lo que costase, y la tendría, la tendría á toda costa, por todos los medios, aunque tuviese que detener y encarcelar al marido. De pronto se le ocurrió una idea loca y, pidiendo papel y pluma, escribió:

"Señora:

„Le juro á usted que no llegará esta noche, y yo estaré á las diez en donde usted sabe. No tema nada que yo la respondo de todo por mi honor de militar.

JUAN DE CARMELÍN.,

Y mandando la esquela á su destino, cenó con tranquilidad.

A eso de las ocho llamó al capitán Gribois, que era su subordinado inmediato, y le dijo apretando entre las manos el arrugado telegrama del señor París:

—Capitán, acabo de recibir un extraño telegrama cuyo contenido no puedo comunicarle. Va usted á

hacer que cierren inmediatamente las puertas de la villa y las vigilen de manera que nadie ¿me entienda usted? que nadie entre ni salga hasta las seis de la mañana. Hará usted también que circulen patrullas por las calles y obliguen á los habitantes á retirarse á las nueve. Quien quiera que se encuentre en la calle después de esta hora, será conducido á su domicilio *manu militari*. Si me encuentran esta noche deben alejarse de mi lado fingiendo no conocerme. ¿Me ha entendido?

—Sí, mi comandante.

—Le hago á usted responsable de la ejecución de estas órdenes, capitán.

—Está bien, mi comandante.

—¿Quiere usted una copita de chartreuse?

—Con mucho gusto.

Dicho esto brindaron, bebieron el amarillento licor, y el capitán Gribois se fué.

III

El tren de Marsella entró en la estación á las nueve en punto, dejó en el andén á dos viajeros y reanudó su marcha hacia Niza.

El uno era alto y delgado, el señor Laribe, tratante en aceites, y el otro grueso y pequeño, el señor Paris.

Juntos se pusieron en marcha con la maleta en la mano para trasladarse á la villa, que estaba á un kilómetro de distancia.

Pero al llegar á la puerta, los centinelas les intimaron para que se alejaran.

Asustados, estupefactos, llenos de asombro, se alejaron para deliberar, y después de haberse aconsejado mutuamente, volvieron á las puertas de la ciudad con precaución á fin de conferenciar y dar á conocer sus nombres.

Pero los soldados debían tener órdenes severas, porque les amenazaron con disparar, y ambos via-

jeros, asustados, huyeron aceleradamente abandonando sus maletas, que les pesaban demasiado.

Entonces dieron la vuelta á las murallas y se presentaron en la puerta de la carretera de Cannes, la cual estaba también cerrada y vigilada por amenazadora guardia.

Como hombres prudentes, los señores Laribe y Paris no insistieron más, y se fueron á la estación para buscar abrigo, pues las afueras de la ciudad no resultaban muy seguras después de anochecer.

El empleado que estaba de servicio en la estación, sorprendido y soñoliento, les autorizó para esperar el día en el salón de viajeros.

Allí permanecieron juntos, á obscuras, sobre el diván de terciopelo verde, demasiado asustados para pensar en dormir.

Larga fué la noche para ellos.

A eso de las seis y media supieron que las puertas estaban abiertas y que, por fin, se podía entrar en Antibes.

Se pusieron, pues, en marcha; pero ya no encontraron en el camino sus abandonadas maletas.

Cuando franqueaban un poco inquietos aun la puerta de la villa; el comandante Carmelín, con mirada picaresca y retorciéndose el bigote, se presentó en persona á reconocerles é interrogarles.

Les saludó con cortesía excusándose de haberles hecho pasar una mala noche; pero advirtiéndoles que había tenido que cumplir órdenes recibidas.

Los ánimos estaban en Antibes verdaderamente intrigados. Los unos hablaban de una sorpresa pre-

parada por los italianos, los otros de un desembarco del príncipe imperial, y algunos creían en una conspiración orleanista. No se conoció la verdad hasta más tarde, cuando se supo que el batallón del comandante había sido destinado muy lejos, y que el señor Carmelín había sido objeto de un severo castigo.

IV

El señor Martini había acabado de hablar, y la señora Paris, que dando por terminado su paseo, volvía ya, pasó gravemente por mi lado con los ojos fijos en los Alpes, cuyas cimas aparecían doradas en aquel momento por los últimos rayos del sol.

Sentía yo deseos de saludar á la triste y pobrecita mujer que debía seguir pensando en aquella noche de amor tan lejana ya; en el hombre atrevido que había osado por un beso, uyo poner una villa en estado de sitio y comprometer todo su porvenir.

Hoy, el militar la había olvidado tal vez, á menos que no contase en sus horas de alegría aquella audaz, cómica y amorosa farsa.

¿Le había vuelto á ver? ¿le amaba aún? Yo pensaba:

—He aquí un rasgo del amor moderno, grotesco, y sin embargo, heroico. El Homero que cantase á

esta Elena y la aventura de su Menelas, debería tener el alma de Paul de Kock. Y, sin embargo, el héroe de esta abandonada es valiente, temerario, guapo, fuerte como Aquiles y más astuto que Ulises.

JULIA ROMANA